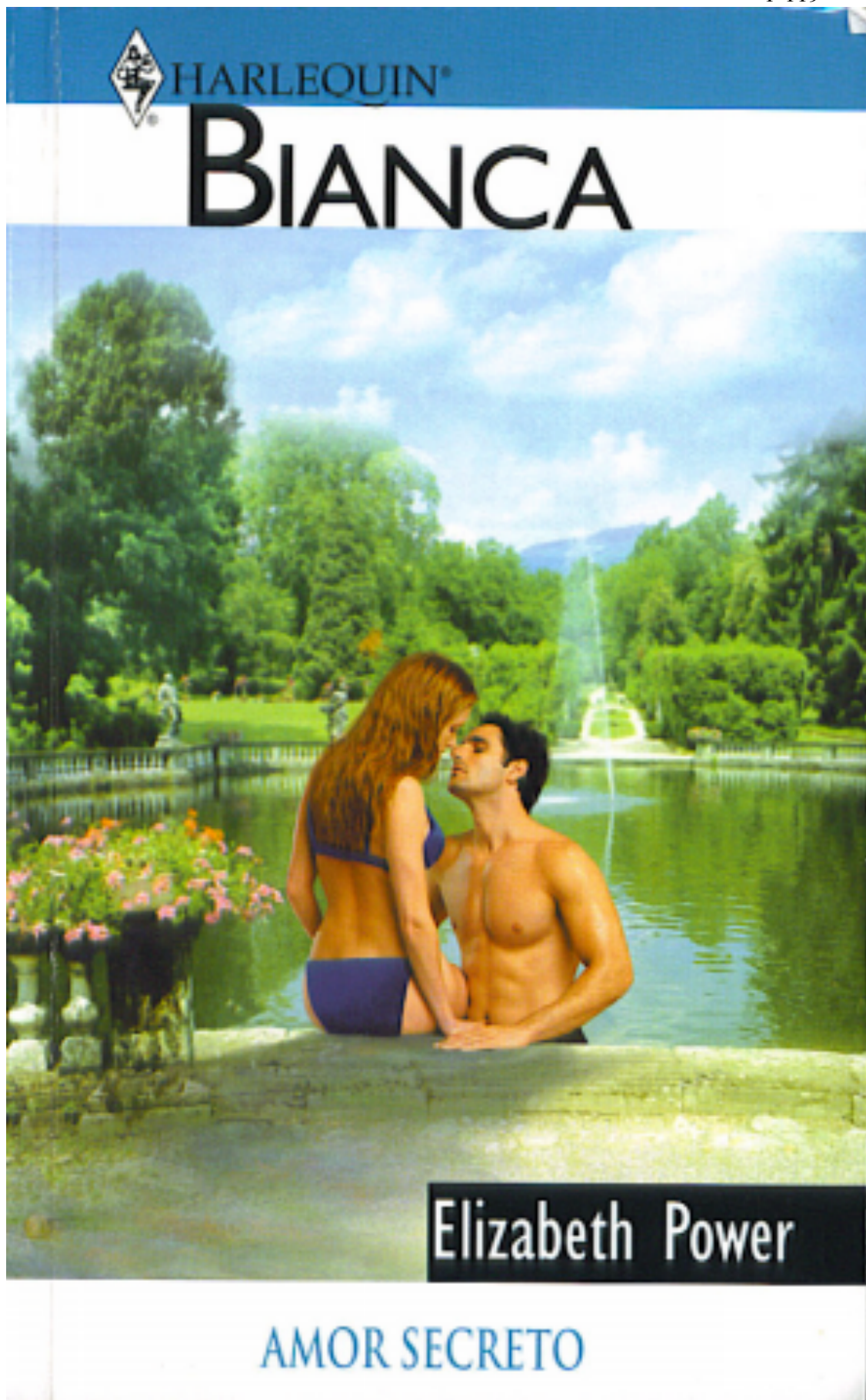


*Amor secreto*  
*Titulo original: The Italian's Passion*  
*Elizabeth Power.*

1-119



*Amor secreto*  
*Titulo original: The Italian's Passion*  
*Elizabeth Power.*

2-119

## Amor secreto

Titulo original: The Italian's Passion

Elizabeth Power.

### *Argumento:*

*¿Podría aquella pasión revelar su precioso secreto?*

*La ejecutiva de publicidad Mel Sheraton tenía su vida controlada y le gustaba que así fuera. Hasta que un viaje a Italia la hizo enfrentarse a su pasado... personificado en el hombre con el que había mantenido una aventura de una noche, el guapísimo millonario Vann Capella.*

*Arrastrada por el calor de la pasión italiana, Mel se dio cuenta de que toda su vida se desmoronaba. Si pasaba más tiempo con Vann, corría el riesgo de que descubriera su secreto. Pero ella también había descubierto algo: no podía vivir sin él.*

## Capítulo 1

El había subido de dos en dos los escalones que unían la playa con la plataforma de madera del bar y se encontraba sentado solo en una de las mesas. Su llegada había producido un cierto interés entre las bañistas, lo cual era normal dada la apostura del hombre que acabada de amarrar su lancha en el embarcadero para tomar un refrigerio.

Bajo la cubierta de rafia del restaurante playero, con unas gafas oscuras que protegían sus ojos del fuerte sol italiano, Mel Sheraton se sintió inevitablemente atraída por él.

Probablemente, el hombre estaría en la treintena y tenía la piel olivácea de los italianos, una cabellera negra abundante y peinada hacia atrás que le llegaba casi hasta los hombros, desafiando provocativamente las normas del buen gusto. Pero su perfil era aristocrático y Mel supo por su mirada que disponía de una mente ágil y perspicaz.

-De acuerdo, es un hombre interesante, pero no hace falta que te lo comas con los ojos -dijo Karen Kingsley, interrumpiendo la concentración de Mel; mientras posaba la vista hacia los tres niños que jugaban a salpicarse en el agua.

-Vamos, Mel. No sé si te has dado cuenta, pero no te quita la vista de encima desde que llegó.

-No seas tonta -respondió ella, llevándose el vaso a la boca para beber un trago de agua mineral-. En todo caso, estará mirándote a ti.

Karen había sido modelo profesional hasta dos años antes, momento en que se había casado y había decidido dedicar todas sus energías al hogar y a dirigir una pequeña galería de arte contemporáneo en Roma. Seguía siendo una preciosidad de rasgos delicados y espesa melena, en claro contraste con la opinión que Mel tenía sobre sí misma. Ella creía que su pequeña figura de cabello cobrizo estaba simplemente en la media.

-Sabes que no es verdad. Y si se hubiera dado el caso de que él se hubiera interesado por mí, habría visto inmediatamente mi anillo de casada y me habría descartado. Y no me digas que eres inmune a los atractivos de un

hombre como ese, porque no pienso creerte, sobre todo porque sé que has hecho un verdadero esfuerzo para hacer caso omiso de su presencia en cuanto se ha sentado.

-¡Dios santo! ¿Tan evidente ha sido?

-Sí -dijo Karen mirándola a los ojos con una sonrisa chispeante que provocó una carcajada en ambas.

Karen era una buena amiga, pensó Mel. Se habían conocido hacía años cuando ella había trabajado como modelo para la promoción de una de las ediciones del salón del automóvil en Alemania, en una campaña publicitaria organizada por la empresa de Jonathan Harvey, dé la que Mel era directora de marketing y ventas.

Karen había llegado desde Roma a Positano dos días antes para disfrutar de unas cortas vacaciones con Mel y con Zoé, la hija de esta. Al día siguiente, Karen se llevaría a Zoé a Roma, ya que Mel debía quedarse para recibir al resto del equipo de su empresa y preparar una semana de agasajo y vacaciones para sus mejores clientes, en la que se mezclarían las reuniones de trabajo con las fiestas.

Con el rabillo del ojo, se había dado cuenta de que sus risas habían provocado una mirada intensa del hombre sobre el que conversaban.

-No soy inmune -confesó Mel con seriedad, evitando mirar en su dirección-. Pero tengo que pensar en Zoé.

La niña era la causa de que ella hubiera pedido viajar hasta Positano con unos días de antelación. Deseaba disfrutar de su hija. Y no había dudado en quitarle a Jonathan de la cabeza la idea de acompañarlas. Se relajó, paseando la mirada por el pintoresco puerto de mar, que olía a cremas solares y a pescado a la parrilla. Tenía que tener cuidado con los hombres. Nunca olvidaría la dura lección que había aprendido hacía ya muchos años sobre lo devastadora que podía llegar a ser la simple atracción sexual. Aquello le había costado tener que cambiar de vida.

Instintivamente, volvió a mirar a los bañistas. Zoé era tan buena nadadora como había sido su hermana Kelly, pero a pesar de que no deseaba convertirse en una madre aprensiva, pensó que había hecho mal en confiar en la vigilancia de aquellos dos adolescentes a los que acababan de conocer. Sin

embargo, no quería recordar la muerte de Kelly y meneó la cabeza para ahuyentar semejante idea de su cabeza. Con la guardia baja, sus ojos volvieron a posarse sobre los musculosos y bronceados hombros de aquel hombre, cubiertos con una simple camiseta de algodón que también marcaba las masculinas líneas de su torso. Desde donde estaba podía apreciar que llevaba pantalones cortos y que sus piernas estaban cubiertas por un vello oscuro. Sintió una leve punzada de deseo en el estómago y durante unos segundos no pudo apartar la vista de los ojos del desconocido con una intensidad que no deseaba. Atrapada por una inusitada sensación de magnetismo sexual, perdió la noción de lo que estaba sucediendo a su alrededor. Lo único que importaba era el torrente de sangre que su corazón bombeaba a toda velocidad y lo que parecía ser una ardiente mirada por parte de él, que la recorría de arriba abajo. Ella llevaba un sencillo vestido de algodón que se había puesto sin ropa interior, después de quitarse el bikini mojado. Y sus pezones se marcaban tan enhiestos que nadie podría dudar de que estaba físicamente excitada.

Mortificada, cambió de postura y miró a los nadadores. De repente, se dio cuenta de que Zoé estaba lejos de la orilla y parecía en apuros. Nadie le estaba prestando la menor atención. ¡No era posible!

-¡Dios mío!

-¿Qué pasa? -se alarmó Karen.

-¡Zoé! -gritó Mel, levantándose de la silla para salir corriendo, derramando a su paso uno de los vasos llenos de hielo. Pero el hombre había evaluado la situación rápidamente, se le había adelantado y ya bajaba las escaleras a toda velocidad.

Muerta de miedo, intentó alcanzarlo, sin conseguirlo. Estaba tan atemorizada que no se dio cuenta de cómo la gente se arremolinaba para mirar la escena con preocupación. Su mirada estaba fija en el hombre que, habiéndose deshecho de los zapatos y la cartera descuidadamente, se lanzaba vestido al mar, como una flecha. Cuando emergió, se sacudió el agua de los ojos con la mano y nadó rápidamente hacia la niña con un estilo impecable.

Con una mezcla de horror y fascinación, Mel observó cómo la distancia entre ellos se acortaba mientras ella hacía caso omiso, ciega y sorda, del alboroto que se había creado a su alrededor. El adolescente que había estado a cargo de Zoé también nadaba hacia ella, pero el hombre llegó antes y,

con un suspiro de alivio, Mel comprobó que la atrapaba entre sus brazos y empezaba a nadar de vuelta hacia la playa con su hija colgada del cuello.

-No pasa nada, Zoé está bien -la consoló Karen, pasándole un brazo por los hombros.

La gente volvía a sus tumbonas con expresiones de alivio.

-No debería haberla dejado nadar sola, no me tenía que haber dejado convencer, a pesar de que los adolescentes se comprometieron a cuidarla.

-No puedes meterla en una burbuja de cristal -dijo Karen filosóficamente-. Por supuesto que debías permitirle, es mejor nadadora que tú y, además, estaba acompañada.

-Se suponía que estaba acompañada -repuso Mel con acritud y enfado. No debía haber sido tan tonta como para confiar en unos chavales tan jóvenes, se dijo, llena de culpabilidad mientras corría hacia el hombre que acababa de depositar a la niña en la orilla de la playa. La pequeña tosía entrecortadamente.

-Zoé -musitó Mel, abrazando a su hija y haciendo caso omiso del hombre.

-Estoy bien, estoy bien -respondió la niña tosiendo con impaciencia. A pesar de que sólo tenía doce años, Zoé era una persona sensata que odiaba que se organizara jaleo por su causa-. Me dio un calambre -dijo con una mueca de dolor al intentar levantarse.

Mel la hizo sentarse de nuevo y se puso a masajearle la pierna.

-No es importante -dijo la profunda voz del hombre, en un inglés perfecto con ligeros acentos italianos.

Era una voz que Mel no podría haber olvidado ni en un millón de años. Aunque hasta ese momento no le había prestado atención, de pronto se fijó en sus largos y poderosos muslos.

-Esa pierna le dolerá durante un día o dos -prosiguió él-, pero su hermana es una niña muy valiente. Sin embargo, no sería mala idea vigilarla durante los próximos días, los tirones suelen ser recurrentes.

Zoé empezaba a sentirse más entera y sonrió espléndidamente ante la equivocación del hombre, pero en aquel momento Mel no se sentía capaz de compartir la diversión de la niña.

Recriminándose aún su descuido, llena al mismo tiempo de gratitud y de pavor, se puso en pie.

-Gracias... -dijo titubeante para a continuación quedarse sin habla mientras reconocía las duras, pero esculturales, facciones del hombre.

-Me llamo Vann. Vann Capella -se presentó él suponiendo que eso era lo que ella esperaba.

Mel se mantuvo unos segundos en silencio, atónita por los insondables misterios del destino. Vann Capella. No hubiera sido necesario que se presentara. Durante catorce años ese hombre había poblado sus sueños y también su vigilia. Jamás se le habría ocurrido que sus caminos pudieran volver a cruzarse. Pero allí estaba él, como el ave fénix resucitando de sus cenizas y saliendo del túnel del tiempo para hostigar sus amargos recuerdos.

-Sí..., bueno, gracias -articuló al fin, sin saber muy bien lo que estaba diciendo. Fuera lo que fuera, seguro que no era lo más indicado para la ocasión, reflexionó con la mente ausente, mientras pensaba en que podía haberle dicho algo como: «Encantada de volverte a ver» o «no estaba segura de que fueras tú». Pero en realidad tampoco se habían conocido tanto, en absoluto-. No sé qué decir -añadió, apretándose las sienes con los dedos.

-Creo que ya lo has dicho todo -repuso él con una brillante y gentil sonrisa.

Vann dirigió una mirada al semidesnudo hombro de ella y Mel se dio cuenta de que su ligero vestido de playa debía transparentarse al haberse mojado mientras abrazaba a Zoé. Estaba claro que la forma de sus redondos pechos se marcaba claramente bajo el atento escrutinio de Vann Capella. ¡Pero él no la había reconocido! Su alivio fue tremendo.

-¿Te encuentras bien? -preguntó él poniéndole la mano sobre el hombro-. Creo que has sufrido un shock. ¿Quieres sentarte? ¿Puedo ofrecerte una bebida? ¿Un coñac o algo así?

Mel meneó la cabeza, tratando de recobrar la compostura. El estaba cerca y hasta ella llegaba el aroma almizclado de su cuerpo, mezclado con el

olor salado del mar. La camiseta y los pantalones cortos colgaban empapados, dejándole apreciar los músculos de su torso e imaginar el bronceado de su piel cálida.

-¡No! -exclamó ella, impresionada por la fuerza letal de su sexualidad-. No, estoy bien -añadió con la esperanza de que él achacara su evidente confusión a lo que había pasado con Zoé.

-¿Estás segura? -dijo estudiándola sin el menor atisbo de reconocimiento.

-Sí -repuso ella rehaciéndose poco a poco-. Sí, estoy bien. Gracias de nuevo por haber ayudado a mi hija.

-¿Tu hija? -dijo él, sorprendido, mirando a la niña que seguía sentada masajeándose la pierna mientras sus profundos ojos azules adoraban a su salvador.

-Todo el mundo dice que mamá es demasiado joven para tener una hija de mi edad -su rostro repetía el mismo óvalo perfecto de Mel, pero sus cejas eran más espesas y su boca más firme-. Pero no me importa, al contrario, me divierte.

-Eres una niña muy lista -comentó el hombre.

En circunstancias normales, en presencia de cualquier otra persona, Mel se hubiera echado a reír porque su hija era una niña precoz, inteligente, ingeniosa y muy suya. Pero no era una situación normal. Estaba delante de Vann Capella. ¡Y ese hombre acababa de salvarle la vida a Zoé!

Rehaciéndose del terror que la había embargado al ver a Zoé luchando sola contra la marea, Mel apartó la vista con expresión emocionada. Resultaba irónico que pudiera haberse producido una tragedia si él no hubiera estado allí para evitarlo. ¡Por no mencionar que Vann Capella había tomado a su hija por su hermana! Se preguntó si su subconsciente lo habría reconocido ya cuando se produjo el primer intercambio de miradas en el bar, lleno de sensualidad, por más que ella hubiera apartado el pensamiento de su cabeza. Pero él no la había reconocido, lo cual era comprensible teniendo en cuenta que ella sólo había supuesto un breve y molesto inconveniente en su vida.

-Gracias de nuevo. Me temo que ahora debemos marcharnos.



-Mamá... -se quejó Zoé-. ¿De verdad tenemos que irnos? -preguntó dejando bien claro que estaba disfrutando de la compañía del desconocido.

-Me temo que sí-contestó Mel con tensión, perdiendo su paciencia habitual.

-Puede que nos veamos de nuevo -dijo él, sonriendo a la niña-. Y ten cuidado con esa pierna.

-Lo tendré -prometió Zoé.

-Ella se marcha a Roma mañana por la mañana -explicó Mel rápidamente, luchando contra sus emociones.

-Qué lástima -repuso él mientras Mel volvía a admirar la potencia de sus músculos y el aura de virilidad que emanaba de todo su cuerpo-. Al menos, dime cómo te llamas.

-Mel -repuso ella temblando-. Mel Sheraton.

Él la miró con el ceño fruncido, pero luego volvió a mostrar una sonrisa radiante.

-Mel Sheraton -repitió Vann Capella, sin el menor síntoma de reconocimiento, para alivio de ella-. Encantado de haberte servido de ayuda -añadió antes de alejarse para recoger los zapatos y dirigirse directamente a la lancha que tenía amarrada en el pequeño embarcadero.

-¡Era Vann Capella! -dijo Karen, incrédula-. Iba a decírtelo antes de que salieras corriendo. Vann Capella -repitió su amiga con entusiasmo-. ¡Y lo has rechazado!

Mientras la lancha se alejaba dejando un surco de espuma en el mar, Mel suspiró aliviada.

-Sólo me ha ofrecido un coñac, Karen. Y únicamente porque me ha visto nerviosa por Zoé -contestó ella, incapaz de confesarle a su amiga el miedo que había sentido al poder ser reconocida, entre otras cosas.

-Te estaba ofreciendo mucho más que eso y lo sabes -dijo Karen en tono de reprimenda.

-¿Quién es? -preguntó Zoé mientras regresaban a la terraza.

El cuerpo de Mel se tensó de nuevo y tuvo que hacer un esfuerzo para tragar saliva. Quería despertar de aquella pesadilla. Deseaba que Vann Capella volviera a desaparecer para siempre.

-¿Que quién es? -se asombró Karen, con una mirada de incredulidad dirigida hacia Zoé, sin darse cuenta del desconcierto de su amiga-. Es el propietario de las empresas Capella, un conglomerado de compañías internacionales que trabajan en todos los sectores imaginables. Es un hombre hecho a sí mismo que pronto aparecerá en las listas de los solteros millonarios más apetecibles de Inglaterra.

— ¿Por qué no te vas a comprar un helado? —le dijo Mel a su hija rápidamente.

-De acuerdo -repuso la menor encogiéndose de hombros-. Era un tipo simpático, para ser tan mayor, quiero decir.

Karen rió, pero Mel sólo pudo componer una sonrisa a medias.

-Eres una cobarde -dijo Karen cuando Zoé se hubo marchado-. Aparece un hombre que muestra interés por ti y ni siquiera te dignas a hablar con él ni a explicarle a tu hija quién acaba de rescatarla. Estoy segura de que le hubiera gustado saber que, antes de convertirse en uno de los mayores magnates del planeta, fue el alma de una banda de pop que entusiasmaba a las quinceañeras, hace ya... ¿cuánto? ¿Once o doce años?

-No creo que a Zoé le interesen esos detalles -respondió Mel, sin corregir a su amiga sobre las fechas-. La banda se separó antes de que ella naciera.

-Hubo un escándalo, ¿no? Creo que el manager era un ser sin escrúpulos que los arruinó desde el punto de vista económico. Lo único que sé a ciencia cierta es que cuando la banda se separó, nunca se volvió a hablar de ninguno de sus miembros, con excepción de Vann, que se convirtió en uno de los reyes del comercio internacional, después de haber pagado todas las deudas del grupo, lo cual resulta muy magnánimo por su parte. ¡Y ha estado aquí! -exclamó con admiración-. Vann Capella... ¿Quién se lo hubiera podido imaginar?

## Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

